

tiene alma sensitiva y generosa. Las debilidades de Azorín no son de entendimiento, nacen de la excelencia del corazón. La maldad humana no le hace pesimista, ni suscita su rencor. Mira simpática, piadosamente, y pasa. Las cóleras rencorosas de Baroja, los desprecios en masa, revelan su incompreensión, el provinciano horizonte de su mente. Es un pirenaico que no ha logrado ver más que vislumbres de España y reverberaciones de Francia. Es un mujic del Pirineo *en rapport* con el de Rusia. Larra le llamaría batueco.

A Joseph Conrad, como a Baroja, le pidieron una autobiografía. El eminente anglo-polaco escribió sus *Anotaciones autobiográficas (Personal Records)*. Qué diferencia entre los dos libros escritos con ligera diferencia de tiempo entre uno y otro! Mientras Baroja desprecia, censura, se irrita, se mofa sin realizar una obra buena ni bella, Conrad produce un libro sano, con bellas páginas de amor y de gratitud. Cuanto ha pasado en la vecindad de sí, es bueno, aunque le haya hecho sufrir. Es profundamente humano y rehuendo hablar de sí, muestra el desenvolvimiento de su alma, sin egotismo ni fingida humildad. Conrad ha visto vastos horizontes, se ha codeado con las razas más diversas; no las ha despreciado, las ha comprendido, enriqueciendo con ello la fertilidad de su entendimiento.

Baroja es la desolación. En los hombres que le han rodeado no ha podido encontrar sino bajeza y villanía, o debilidad en el mejor de los casos.

Las generaciones que le sucederán no podrán amarle y luego tampoco le recordarán. Porque la humanidad es buena: perdona primero, luego olvida a quienes la denigran, sin haber contribuido a enaltecerla infundiéndole esperanza, revelándole sus grandes reservas de energía para elevarse al bien, aun con la sola contemplación del arte.

Por la naturaleza espuria, depresiva de su obra, Pío Baroja no contará en el porvenir entre los grandes y nobles escritores de España. En las antologías habrá, quizás, una escasa docena de páginas.

Le faltó visión, le faltó preparación, careció de amor para que la suya fuese una obra de arte perdurable.

ROBERTO BRENES MESÉN

Syracuse University
diciembre de 1924.



Impresiones de arte

(En el MUSEO METROPOLITANO
de Nueva York, 1924)

(Concluye. Véanse los Núms. 12,
13 y 17 del tomo en curso).

10.—Porcelanas, cristalería, cerámica

Ahora vamos al segundo piso, en donde están las galerías de cerámica, tapices, pintura, y algunas otras de diversos objetos.

La gran escalinata ostenta a su pie *La edad de bronce*, de Rodin, y en extremo opuesto un busto de Atenea. Notad, pues, que no puede pedirse más.

En una especie de pasadizos para las salas, hay una colección de estatuillas, algunas de las cuales son muy interesantes: un grupo de Theseo y el minotauro, el dios Pan, Diana, son los motivos helénicos; algunos bustos: Shakespeare, Emerson, Ruskin, Mr. Morgan, que en gracia a sus millones y su protección al Museo puede figurar aquí. Otras dos miniaturas preciosas: *El vuelo de la noche*, por Paul Manship, y una *Paulowa*, por Alfredo Lenz, de una espiritualidad encantadora.

Y las otras dos obras bellas que añoto, son: un mármol, *La victoria de la mañana*, de Daniel Chester French, y un pequeño caballo de bronce, griego, en perfecto estado de conservación.

Luego pasamos a admirar las porcelanas chinas y japonesas, y los trabajos en marfil. Ya conocéis la paciencia benedictina, dicho sea sin ofender a los reverendos padres, de estos artífices minuciosos: las estatuillas y curiosidades, tratando de la vida civil y religiosa, algunas de un tamaño minúsculo, llaman la atención tanto por su mérito como por el esfuerzo que su elaboración representa.

En sitio principal, hay un Buda de porcelana, y más allá, el pequeño altar de una pagoda. Los ritos de esta religión tan mal comprendida por los occidentales, se vislumbran en estas evocaciones a que contribuye el ambiente, silencioso como un templo.

Hay vasos, jarras, mil caprichosas formas en que el motivo es un animal fabuloso o la típica flor del crisantemo.

La mayor parte de estos objetos es de los siglos dieciocho y diecinueve.

Entre los procedentes de la vieja China, merecen especial mención varios vasos, de las tumbas de Han, a algunos de los cuales se asigna una antigüedad grande.

También hay cerámica de Siam, de Corea, de Nueva Zelandia, hispano-árabe, y mexicana, así como trabajos en laca, japoneses.

Al ver estos tesoros, pensamos en el grado de cultura que representan: no son los bárbaros quienes modelan estas obras exquisitas, sencillamente bellas y bellamente complicadas, en que los dragones del extremo Oriente se retuercen en misteriosos juegos; en que, en los grandes platos moriscos, se esmaltan historias de guerra; o, en los aztecas, se nota la expresión vaga del aborigen que no ha definido todavía su creencia, luchando entre el paganismo de los nativos dioses y la nueva religión que le impone el blanco con el argumento del arcabuz.

Digo esto porque noto en la generalidad de las